

Breve ensayo para pensar la transgresión adolescente

Philippe Gutton*

Traducción: Dra. Laura Fainstein

Revisión de la traducción: Lic. Mirta Jeifetz

Resumen

La adolescencia es una creación subjetiva o identitaria. La transgresión no consiste sólo en liberarse de una prohibición superyoica individual o social, sino que implica el bloqueo del trabajo de subjetivación debido a un peso excesivo de la organización narcisística.

Descriptor

Creación, identitario, transgresión, morosidad.

Para pensar la transgresión en la adolescencia, primero tengo que resumir el marco teórico que utilizo con ciertas afirmaciones lapidarias inspiradas en los pensamientos de P. Aulagnier (1975). El adolescente, verdadera tercera tópica, es un conjunto de procesos de creación identitaria o subjetiva, inmerso en lo que llamo "la situación antropológica fundamental de la adolescencia" (Gutton, 2014).

Es una etapa conflictiva, léase crítica, porque su objetivo implica comprometer dos figuras antagónicas: el "tener" (el poder o el empoderamiento) y el "ser con"; digamos, de manera más precisa, las exigencias del narcisismo con su investidura edípica fálica y la identitaria con su eje primario estructurado por el hilo rojo de la unidad fundamental originaria (madre-bebé). Toda creación es transgresora. Aquí presento el razonamiento con el que trabajamos:

* greuppado@club-internet.fr / [CV](#)

1. La base de la identidad es la metamorfosis puberal. Vuelvo a la teoría del "púber" (Gutton, 1991) que profundizo regularmente desde la década de 1980, no solamente como el acceso a la genitalidad corporal "sexuada" sino, a través de ella, la revelación de una complementariedad "sexual" ("el otro sexo") en los lazos de amor con el otro; la construcción más o menos efímera del "nosotros" enamorados. El púber (Gutton, 1991), tal como lo trabajamos en la URA en la década de 1980, tiene un doble sentido:

- Los signos de la complementariedad innata de las zonas erógenas y de los cuerpos sexuados, "el otro sexo", la persona del sexo opuesto, el partenaire, "el otro del otro sexo" (Lesourd, 2007).

- El sentido, en profundidad, de la complementariedad del amor, "el ser con", lo íntimo-éxtimo del ser viviente, el "existir" según E. Levinas (1961). Eros en tanto fuerza de enlace y cohesión de unidad.

¿Buscar el sentido a través de los signos no sería sublimar? ¿El adolescente puede sublimar solo? Pienso que no. Sublimar con el otro. ¿Qué otro? P. Aulagnier (1984) nos muestra la importancia del trabajo del historiador y del compromiso entre el pasado y el presente. Lo "inasible entre dos" (Pontalis, 1973) se revela posiblemente en el seno de lo sensual puberal como el "eterno retorno" de la unidad identitaria primaria que se origina en la relación madre-bebé ("la seducción generalizada"). La alteridad puberal retoma de otra forma el momento fundador.

Vínculos singulares encontrando-reencontrando una alteridad de pareja se asocian y se construyen sobre la base primo-originaria despertando lo histórico inconsciente de los recuerdos, de las vivencias, de las aprobaciones imaginarias, del vínculo maternal primario: la "estructura continente", según A. Green. Es imposible creer en uno mismo en el presente sin creer en otro del pasado y del presente (alteridad). La unidad identitaria es en plural (sin desigualdad), de más de un otro. La identidad es una construcción entre-dos, que se engaña con el narcisismo creyéndose único. En un reciente libro (Bordet y Gutton, 2014), examinamos cómo el ideal de los lazos democráticos podría nacer en la pubertad y cuántos obstáculos vinculados con la desigualdad encuentran; no nacemos democráticos, pero nos podemos transformar... durante la adolescencia.

2. Desde E. Erikson (1959), la situación adolescente se entiende como una moratoria intergeneracional ("pasaje", según J.-J. Rassial) entre las dos organizaciones (o dos instalaciones): la infancia y la adultez. La trayectoria recorrida es sin duda cercana de lo que hoy nombramos como compromiso adolescente: Salir del lugar de sumisión de la infancia y la familia. – Tratar de entrar en el mundo fragmentado y cerrado de la adultez. – Buscar refugio en el grupo de pares y pensar como grupo ("nosotros los jóvenes"). Es una confrontación crítica con y entre los "tres edipos" de la neurosis infantil, de la familia y de la cultura:

- En el plano intra e inter subjetivo, el empoderamiento es el resto dominante de la neurosis infantil organizado por las figuras edípicas y sus transferencias, las instancias superyoicas e ideales: la neurosis adolescente, el pasado que se reorganiza en el presente. Contentémonos con recordar la problemática clásica del après-coup y de constatar que el "ya allí" ("déjà là") de la segunda tópica es parte integrante de la tercera, de algún modo conservadora, la de la creación del Yo (Gutton, 2013b, pp. 67-146).

- En el plano cultural (o social), insistimos desde los trabajos de G. Mendel (1969) sobre el reencuentro (o la experiencia) de aquel que no es más un niño, con las asignaciones selectivas ("déjà là") donde se siente objeto de parte de su pueblo, de la sociedad, de la adultez, decía S. Lebovici: "radicalizaciones" que favorecen y desfavorecen su lugar en el mundo, lo que Freud llamaba "la neurosis universal" (de estructura edípica) y su moral civilizada.

Insistamos sobre esta segunda temática: convertirse en un actor social, tener un documento propio, no ser más un niño, entrar en la adultez: "¿Dónde y cuándo soy yo?". Ubicarse, en la casa, respecto de los ancestros y la familia, y en lo cotidiano, la escuela, el edificio, el barrio, la ciudad, el mundo mismo... "Ubicarse", decía J. Selosse (buscando lo que aislaba a los "inubicables"). Ubicarse con sus pertenencias y con sus futuros. Este recorrido hace necesario el ser reconocido como digno de respeto, de escucha y de autorización crítica. Afirmarse sobre la mirada de muchos. Entendamos que no se trata de ser libre, sino de elegir uno mismo las vivencias novedosas útiles escapando de las necesidades del niño (que aún persisten). Entrar en el famoso juego de dar y no-dar, el intercambio entre

individuos definido por M. Mauss. Entrar en lo que S. Lebovici llamó la roca sociológica, en su doble significado de sostén y obstáculo (Alléon, Morvan, Lebovici, 1985). Qué audacia implica la esperanza de pasar de la metamorfosis corporal sexuada a la voluntad innovadora del cuerpo social. ¿El adolescente no está listo, en la clínica que examinamos, a realizar un acto transgresor con el fin hacer reconocer su creatividad? Todavía hoy es difícil coordinar las investigaciones y la comprensión clínica sobre la adolescencia entre el campo de la antropología y el psicoanálisis centrado en las interacciones interpersonales del pasado y del presente.

¿Cuál es la ideología (sistema de símbolos dominantes, según P. Bourdieu, superyó colectivo según los analistas) en juego? El adolescente no sería sólo un "sub-adulto" en el campo relacional social, pedagógico, jurídico, judicial, financiero (¿casi o pronto un adulto?), inferioridad "por naturaleza" respecto del dinero, del saber, de una supuesta raza, religión, moral... Esta convicción implícita –de "sentido común", dice S. Leclaire–, en gran parte inconsciente, es de la adultez, de los otros adultos (con sus miradas y su discurso). Es igualmente la mirada de muchos adolescentes sobre ellos mismos (superyó-ideal del yo) de manera más o menos inconsciente. La sujeción adolescente es el arte (logrado por la mayoría) de integrar esas radicalizaciones no igualitarias e inevitables... en la medida de lo posible.

Una gran pregunta contemporánea: ¿La sociedad favorece esta demanda de los jóvenes? Seguramente, no. ¿Existe un contrato social con el mundo de los empoderamientos contradictorios de "valores" (de la ética o del dinero), sabiendo que es necesario en toda construcción subjetiva? El sentimiento de rechazo y las vacilaciones angustiantes y/o actuadas para identificarse con los modelos actuales se agravan hoy en día. P. Bourdieu definió una antropología de la aflicción, ya sea por el sufrimiento personal y/o grupal por causas socio-económicas y políticas; "el cansancio de ser uno mismo", dice A. Ehrenberg (2010; 2011). Lo que puede ser un conflicto generacional se presenta en profundidad como un conflicto de ideales entre la aspiración del "Yo" adolescente y la roca sociológica.

Un paréntesis sobre el mecanismo puesto en juego (inter e intra-generacional) muy bien descrito en la obra de R. Girard: el deseo mimético, la imitación (interna-externa) del mundo de las significaciones sociales imaginarias desiguales, "al derecho o al revés": ya sea un "hacer como", un "ser como", una rebelión, o una vuelta en lo contrario del modelo, hacer como uno en contra de sí mismo (distinguiendo la revancha legal de la venganza ilegal). Un ejemplo clásico: la

postura de algunos jóvenes de la segunda generación de inmigrantes, en crisis frente a sus padres, es imitarlos o rechazar su estatus de explotado social. Sabemos que la imitación puede preparar las identificaciones o, en exceso, impedir las (falso-self). El adolescente, antes de encontrar sus vías identificatorias (¿las encontrará?), procede con juegos miméticos que nombraremos narcisistas. No confundamos entonces imitación con identificación.²

Estos juegos de mimetismo se traducen en psicoanálisis en términos de procesos narcisistas fálicos; egocentrismo, egotismo comprometidos en las relaciones desiguales más o menos inconscientes de lo edípico de los sectores personal, familiar y cultural, sus ideales y su prohibición, transgrediendo los unos y los otros. Sabemos que el pasaje adolescente del narcisismo infantil y familiar a la cultura del individualismo actual es fuente de avatares y empoderamientos caóticos.

Preguntas de adolescentes: ¿Cómo encontrar el tiempo y el lugar donde, junto con el otro, realizar un co-trabajo coherente de identificación? El adolescente tiene la tentación de conformarse sólo con las satisfacciones de las imitaciones narcisísticas, permitiendo el acceso competitivo al estatus de "un adulto normalizado conforme" (renunciando a su verdadero ser y jugando falsos semblantes, falso self) o de un "delincuente", juegos que se acercan al mito de Sísifo, como lo analiza A. Camus.

1. La construcción adolescente tiene por ideal identificatorio "la indisociabilidad de sus componentes" (Aulagnier, 1984): el narcisismo edípico y lo viviente, el tener y el ser. El arte de ser uno mismo consiste en encontrar-reencontrar, enunciar el fundamento del amor en las relaciones con otros. Podríamos decir que entre lo decible del lenguaje y lo indecible del discurso, "entre signo y sentido" (Green, 2011, p. 129). Dos líneas de fuerza que el antropólogo-psicoanalista G. Roheim (Dadoun, 1972) encuentra en el modelo privilegiado de la dialéctica íntima entre ternura y apego en las relaciones mamá-bebé. El compromiso en la adolescencia siempre implica, a causa de su activación luego de la pasividad de la infancia, violencia en el sentido etimológico del término (Gutton, 2002). Freud lo decía: crear es siempre transgredir.

Hay en el trabajo de creación una doble serie procesal: negativa, auto observación y desprendimiento de lo que la realidad corporal subjetiva y cultural incita al "empoderamiento de los signos"; positiva, cuidar lo viviente, también la

sublimación. Su objetivo es integrar los obstáculos oponiéndose o resistiendo con el apuntalamiento de un "tercero" (E. Kestemberg), intérprete "motivado" (P. Aulagnier) (Gutton, 2013a).

*

* *

Comprendimos que el adolescente desea elegir un compromiso creativo, pero ¿qué pasa cuando este ideal parece inalcanzable? Ocurre la creencia o la convicción de estar en un impasse identificatorio (¿efímero o definitivo?). Cuando la roca intergeneracional está dentro de un abuso de poder interno-externo, el casi-adulto sólo puede quedarse en "su lugar", solo, perdido o instalado en un grupo "sin lugar", sin futuro. ¡Imposible escabullirse de esta "detención"! El adolescente quiere salir de sí mismo (¿existe en "sí mismo"?). La crisis de ideales bloquea al sujeto con un sentimiento de impasse entre las jerarquías infranqueables y fragmentadas de los poderes. Un impasse de ideales: "No me convertiré en nada". No hay solución intermedia: ni pedagógica, entre fracaso y competencia; ni financiera, entre precariedad y riqueza; ni administrativa, entre inmigración y emigración...

Ese sentimiento ambiguo de quedarse en un punto muerto ("¿Llegaré a convertirme en yo mismo?") en lo social y/o en una fijación a lo infantil presente en los adolescentes puede evolucionar hacia la dramática certeza de caer en el laberinto de los dominios y empoderamientos. Subrayo mi razonamiento: para crear su identidad adolescente, las dos líneas de fuerza entre el tener y el ser (del empoderamiento y del amor) tienen que experimentarse, dialectizarse. Cuando el empoderamiento es excesivo, la identidad del amor está forcluida, no hay dialéctica posible; el mínimo acto o palabra se inscribe en la paradoja del mimetismo, anti-mimetismo. Es el impasse de la identificación, el quiebre del desarrollo, el breakdown de Laufer (1984) sobre el cual trabajamos en la revista *Adolescence*. Las relaciones consigo mismo y con el mundo son interpretadas en términos exclusivos de narcisismo individual o grupal y directamente bajo el ángulo paranoico (lo que fue abolido adentro y acusado de ser destruido por fuera, el entorno, e inversamente). La revelación puberal del amor es negada, rechazada

por el juego del más fuerte. El "vivir juntos" no puede ser pensado ni realizado. La negación de Eros es una negación de la alteridad. El mismo se niega con una defensa racionalizante de normalidad: "Todo va bien, soy como todo el mundo... perseguido y perseguidor". Lo religioso es forcluido en virtud de las convicciones de la religión. El joven se vive exiliado de sí mismo, enfermo tal como Prometeo por el espíritu todopoderoso de las ideologías (superyó individual y grupal), cosificado por la mirada de todos... embriagado sin capacidad de elección. Se vive a sí mismo asignado y/o rebelándose, renunciando a ser sincero. Todo está falsificado. El "se" del lenguaje y de las instituciones aplastado, sofocando el "yo" buscado. "Me llamo Aïssa, me llaman Nadia". Su ideal oprimido choca contra las paredes que lo encierran.

La organización "narcisismo fálico en exceso" (en los tres sectores edípicos: personal, familiar y cultural) impide el trabajo identificatorio y se transforma en una organización paranoica, siempre solitaria. La situación antropológica fundamental de la adolescencia (Gutton, 2014) es violenta cuando las restricciones dispuestas por otros (internos y externos) son excesivas y desconocen toda posibilidad de ser y en consecuencia de creación de sí mismo. Narcisismo herido en sus basamentos y/o retornando desesperadamente todopoderoso. Veamos estos dos aspectos.

Narcisismo ultrajado: paranoia sufrida. ¿Quién soy? Nada, nadie. El afecto es del orden de la desolación y de la humillación (vergüenza), la fatiga de lo inútil, también el vagabundeo, el aburrimiento, la taciturnidad, decía P. Mâle (1965). Lo falso es tan fuerte que el sujeto renuncia a buscar su verdad. "Está roto." Allí donde las asignaciones discriminantes dominan, el aislamiento se pone en marcha y aparece el gueto: dependencia, sumisión, alienación, conformismo, imitación pasiva de los caminos del laberinto de poderes propuesto por sus imágenes y sus voceros. Es un adolescente frágil. Pierde sus actividades sociales y teme a la escuela. El lenguaje interior (pensamiento asociativo) se agota, es el vacío del pensamiento. ¿Se vive como ya muerto o lo desea? Estas son algunas figuras de la vulnerabilidad adolescente, llamadas hoy "índices de radicalización".

Narcisismo amenazado: paranoia activa. ¿Cómo curarse de este atropello? Elevar su ideal narcisístico a la altura de un héroe con "virtudes de semidiós". Pasar al ataque de lo que es sentido como humillante por dentro. Reemplazar la vergüenza sufrida por el desprecio. Superar el desconocimiento del cual se siente objeto debido al exceso de jerarquías. Hacerse ver para que los medios ratifiquen el ser visto como un líder, el portavoz de su edad. Realizar una acción que se vea

y escape a las leyes de la sociedad: es la clínica de la "hazaña", del "héroe". Constatemos que lo que solía ser una creencia en el compromiso adolescente habitual muta en una inquebrantable convicción de fe (¿revolucionaria?), de una idealización pasional. Jean-Bernard tenía un "ideal de caballero" (comparado al de las cruzadas) y generoso (Bouzar, 2014, p. 81). Quería y creía ser útil. En lugar de quedarse sometido a la iglesia, es fiel "a lo verídico". Completará su misión en un atentado suicida.

La morosidad siempre fue descrita como "el terreno de los pasajes al acto violentos" consigo mismo (autosacrificio, automutilación, toxicomanías) y/o con otro interpretado como perseguidor (delinquere: liberarse): rechazo del victimario. Con esta disposición a la actuación violenta, el adolescente imita al más fuerte, al estereotipo dominador. "La naturaleza y la sociedad me han hecho un gran daño, la venganza es legítima." El héroe puede tomar el nombre glorioso de "lascar" (Hatzfeld, 2011), sujeto de transgresiones, aunque banales, que se confunden frecuentemente con la delincuencia (a pesar del decreto del 45). Juzgado psicópata o sociópata, irá a la prisión, volverá más humillado o, por el contrario, rodeado de carisma. Inversamente, puede advenir una formación reactiva: dar amor (que no recibí o que no recibo más desde que soy adolescente); como el deseo de partir en una misión humanitaria.

En un grado más está la pulsión de destrucción individual o grupal en el estancamiento de la influencia narcisístico-paranoica (Hatzfeld, 2011). La búsqueda violenta de potencia se construye no sólo a expensas de la sumisión del otro, sino que también de su sufrimiento y su muerte. En esta desmesura, el adolescente, con un vínculo libidinal en riesgo y un obstáculo ideológico, mata para vivir, sobrevivir, no solamente agresión sino voluntad de hacer desaparecer lo viviente. A. Green introdujo el concepto de narcisismo negativo o de función desobjetalizante que vacía la capacidad de investir en el plano de la representación y del afecto, dejando al desnudo la destructividad. Megalomanía que por definición se afirma sobre los escombros del otro, transformado en objeto (de carne y hueso o en objeto cultural). Si en el sadomasoquismo hay siempre un juego de identificaciones entre el verdugo y la víctima, la crueldad surge a nivel arcaico como una intención exclusivamente narcisista fálica que conduce a la depredación del objeto que se encuentra allí por azar, "parásito a eliminar".

Comprendimos que la transgresión se origina siempre de un sufrimiento, de un traumatismo. ¿Cómo se pasa de la desesperanza a la violencia? ¿De la humillación a la monstruosidad? ¿Del masoquismo al sadismo? La hazaña y su contrario, el

martirio ("sufrimiento susceptible de provocar la muerte"), son el signo de una gran soledad y de orfandad.

Concluimos con una experiencia clínica actual (Gutton, 2015). La historia de Lea se relata de forma irregular en el último libro de Dounia Bouzar (2015, pp. 14-20). La resumo e interpreto. Evoquemos primero los hechos supuestos. En una aldea bretona, una madre está preocupada por su hija de 16 años porque "se convirtió al islamismo de una forma rápida y estricta". "Su jilbab es su mejor amiga (...), se siente protegida y liberada". Sus padres hablan en secreto con gendarmería sobre conversaciones "entre ella y terroristas jihadistas" que encontraron en la computadora de Lea. Los gendarmes asustados ponen a la joven "bajo supervisión". Después de unas vacaciones relajadas en un camping donde ella flirtea e incluso "bebe champagne", seis encapuchados se llevan a Lea al tribunal antiterrorista de París sospechada de preparar un "atentado en una sinagoga". En la sala de audiencia "Lea se siente orgullosa", silenciosa, es una combatiente. "Se muestra tan por encima de ellos (...), no está nunca sola (...). Se siente también humillada."

"Entregada a sus padres con control judicial estricto", Lea se encuentra en el "Seminario de desradicalización" de D. Bouzar. En una entrevista grupal:

1. La primera hora se ocupa con debates sobre el islam y el jihadismo, explicando el propósito de los reclutadores con el objetivo de "borrar los contornos identificatorios y mostrar progresivamente que sólo existes si perteneces a ese grupo; rechazas a tu familia... no sabrás más decir 'yo'". "Lea no quiere escuchar, pero la discusión se impone en sus oídos." Rememora, sin decirlo aún, los enunciados de su corresponsal terrorista: ella fue elegida para matar niños, para vengar a los que fueron gaseados por Bashar-al-Assad. Él sabía que yo "iba a ejercicios de tiro con mi padre". Sabía sobre el duelo por su hermana pequeña hace dos años. "Amamos la muerte más de lo que aman la vida". Muy pronto comienza a explicarse. El equipo logra evitar la violencia de la polémica (juegos de poder de los discursos entre imitaciones y contra-imitaciones). Las participaciones aumentan (gracias a las intervenciones del equipo), las narraciones de trayectorias de vida que toman el aspecto de testimonios se van estructurando. Un grupo se construye. Los discursos ponen en evidencia las similitudes que van a constituir al grupo y las diferencias con el riesgo de ser interpretadas como desigualdades: ¿identidades narrativas cruzadas?

2. Lea repara en una joven "como ella", Inés, nombrada Chaida, con quien se comunicaba por internet sin haberla visto nunca. Se queda conmovida, tiene ganas de abrazarla. Piensa en su hermana muerta. Por el momento le da la espalda a su madre que llora todo el tiempo. Inés/Chaida se arroja a los brazos de su propia madre. Un grupo de pares se constituye (una comunidad) con cierta independencia, con los testimonios intergeneracionales, una posición de retorno al modelo viviente de la complementariedad tierna entre el niño y la madre.

3. "Lea siente los dedos de su madre entrelazarse con los suyos como cuando era pequeña." Se acuerda de su frase de la infancia: "Déjame tus dedos, mamá, no me sueltes". Su madre no la suelta. Al cabo de dos horas, Lea "comienza a hablar de golpe, las palabras saliendo tan rápidamente como sus lágrimas". Los lazos primarios de Lea reaparecen (los de identificación, justamente) gracias a esta "experiencia de la presencia" (A. Camus)... hasta ahora imposible por el encierro en su habitación (eran "al menos cincuenta que me hablaban todos los días"). ¿En qué medida Lea, tan sometida a la influencia maternal, fue tentada de "des-fijarse" bajo los efectos de la seducción sectaria del interlocutor jihadista y se reencuentra (en la contención del caluroso seminario) con el amor "de otra forma"? Reencontrar lo vivo en el seno del empoderamiento.

Cuando Lea llora, todo el equipo la abraza, "se acurruca en los brazos de las mujeres (...), el equipo es su nuevo grupo". En la reunión uno de los miembros exclama: "Logramos tocarla, genial". Queda para Lea un gran trabajo psíquico, una trayectoria de reencuentro con lo humano tomando conciencia de "los hilos invisibles de los predadores" de los que era prisionera. Lea está todavía en "plena zona gris", "puede hacer el duelo de sus propias utopías sin volver al mundo real, ¿a quién creer?"; "Es más rápido caer en el Daesh que salir de él", más rápido ser deshumanizado que "rehumanizado".

Bibliografía

- Alléon, A.; Morvan, O.; Lebovici, S. (1985). Postfacio de l'Adolescence terminée et interminable. París: PUF.
- Aulagnier, P. (1984). Telle une «zone sinistrée». En *Adolescence*, 2: 9-21.
- (1975). La violence de l'interprétation. Du pictogramme à l'énoncé. París: PUF.
- Bordet, J. y Gutton, Ph. (2014). Adolescence et idéal démocratique. Accueillir les jeunes des quartiers populaires. París: In Press.
- Bouzar, D. (2015). La vie après Daesh. Ivry-sur-Seine: Les éditions de l'atelier.
- (2014). Ils cherchent le paradis, ils ont trouvé l'enfer. Ivry-sur-Seine: Les éditions de l'atelier.
- Dadoun, R. (1972). Geza Roheim. París: Payot.
- Ehrenberg, A. (2010). La société du malaise. París: Odile Jacob.
- Erikson, E. (1959). Enfance et société. Lausanne: Delachaux & Niestlé.
- Green, A. (2011). Du signe au discours. Psychanalyse et théories du langage. París: Ithaque.
- Gutton, Ph. (2015). Adolescence et Djihadisme. París: L'Esprit du Temps.
- (2014). La situation anthropologique fondamentale de l'adolescence. En *Adolescence*, 32: 11-21.
- (2013a). L'autre humain adulte pour l'adolescence. En *Adolescence*, 31: 949-964.
- (2013b). De la séance. En Cahn, R.; Gutton, Ph.; Robert, Ph.; Tisseron, S. *L'ado et son psy. Nouvelles approches thérapeutiques en psychanalyse*. París: In Press.
- (2011). Paradoxes en métamorphose. En *Adolescence*, 29: 171-189.
- (2002). Violence et Adolescence. París: In Press.
- (1991). Le pubertaire. París: PUF.
- Hatzfeld, M. (2011). Les lascars. Une jeunesse en colère. París: Autrement.
- Laufer, M. y Laufer, M. E. (1984). Adolescence et rupture du développement. Une perspective psychanalytique. París: PUF.
- Lesourd, S. (2007). Le féminin à l'adolescence : constitution d'un lieu. En *Adolescence*, 25: 359-371.
- Levinas, E. (1961). Totalité et infini. París: Fayard.
- Marcelli, D. (2016). Avoir la rage du besoin de créer à l'envie de détruire. París: Albin Michel.
- Mendel, G. (1969). La crise des générations. París: Payot, 1993.
- (2011). La société du malaise. Une présentation pour un dialogue entre clinique et sociologie. En *Adolescence*, 29: 553-570.
- Mijolla-Mellor, S. (de) (2011). La mort donnée. Essai de psychanalyse sur le meurtre et la guerre. París: PUF.

Pontalis, J.-B. (1973). L'insaisissable entre-deux. En Nouvelle Revue de Psychanalyse, 7: 13-26.